

BERTA CANCELA DÍAZ

LOS DÍAS NEFASTOS



Macleín *y* Parker

Primera edición

Septiembre de 2019

Del texto

© Berta Cancela Díaz, 2019

De la portada

© Rocío Romero, 2019

www.instagram.com/laotrarious

De esta edición

© Macleín y Parker, 2019

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.5 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-120198-5-8

Depósito Legal: SE-1440-2019

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Milagros, mi madre

Fue el rey Numa Pompilio el primero en diferenciar los días fastos (*fas*), 245 al año, de los nefastos, 109 en total, (*nefastvs*). Los **fastos** eran las jornadas dedicadas a la actividad humana, sobre todo, a la actividad jurídica. Los **nefastos**, señalados con una N, eran días dedicados a los dioses y, por tanto, en esos días estaba prohibido impartir justicia.

La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. Ni camino, ni línea. Hay vastos pasajes donde se insinúa que alguien hubo, no es cierto, no hubo nadie.

MARGUERITE DURAS, *El amante*

CAPÍTULO I



La trama

El día que empezó todo yo trabajaba de camarera. Era mil novecientos noventa y cuatro y en la radio sonaba un concierto de Bob Dylan. Hacía seis meses que trabajaba allí, gracias a una compañera de la escuela que salía con el dueño del bar. Se trataba de un local de moda, siempre repleto de gente.

Un cliente se inclinó sobre la barra para hacerse oír por encima de la música, me hizo levantar la vista del vaso que secaba en ese momento; escupió una bocanada de humo que me provocó tos. Le serví la cerveza que me había pedido. Abrí la caja, saqué cuatro monedas de veinte duros, miré en mi mano las quinientas pesetas que me había dado él antes de soltarlas dentro y cerrar el cajón: «Son capaces de decir que acaban de pagarte con un billete de mil duros —me había explicado Víctor, mi jefe—. Mantén lo que te dieron en la mano mientras cuentas la vuelta, y luego verifica que todo esté correcto antes de meterlo en la caja».

Acostumbrada a La Plata y con solo diecisiete años, Madrid me impresionaba. Decía sí a todo, con la cabeza, y hablaba más bien poco. En esa época había muchísimos argentinos en Madrid. Yo era solo una más y aún no conocía a nadie. Recientemente había ingresado en la escuela preparatoria, que era carísima, para estudiar Arte Dramático. Vivía en casa de una periodista amiga de mi madre cuyo salón frecuentaban escritores e intelectuales que mantenían charlas larguísimas, aderezadas con güisqui y mucho humo de tabaco y de porros. Al principio me chocó cuánto se fumaba en España, después me acostumbré, como al volumen de la voz y a las eses finales.

Le di su vuelta al cliente y salí a recoger unos vasos vacíos de una mesa. Javier, y entonces yo no sabía que se llamaba Javier ni que sería mi marido, llegaba en ese instante. Nos vimos de frente, cada uno a un lado de la cristalera. Yo, limpiando la mesa dentro; él, dando la última calada a un cigarro, fuera. Se sentó en la barra. Su amiga no tardó en llegar, una joven rubia con mucho maquillaje a lo Cybill Shepherd en *Moonlighting*. El reloj marcaba las once, solo faltaba una hora para cerrar e irme a casa y habría dado cualquier cosa por estar en el cine en aquellos momentos. Me llamó la atención que Javier y su amiga estuviesen hablando sobre un posible ajuste de cuentas, algo relacionado con

un maletín. Los escuchaba discretamente mientras iba limpiando la barra con ginebra barata y una bayeta. En cierto momento, ella levantó la voz y yo no pude evitar mirarlos, alerta. Ellos lo notaron y callaron un momento devolviéndome la mirada. Mi corazón golpeaba con miedo. Javier sonrió y levantó su vaso vacío pidiendo otra copa, que le serví al momento evitando cruzar nuestras miradas.

—¿Has visto las noticias esta mañana? —me preguntaron. Negué con la cabeza—. Han encontrado a un hombre muerto a las afueras, en un coche quemado. Estamos imaginando el móvil del crimen —esperaban que yo comentara alguna cosa, no lo hice—. ¿No te gusta resolver enigmas?

Sonreí nerviosamente:

—Me gusta mucho el cine negro.

La mayor parte de los clientes se fue de golpe, como había llegado, sobre las once y media. A las doce menos cuarto solo quedábamos un borracho que dormitaba en una mesa del fondo, Javier, Cybill Shepherd (que se llamaba en realidad Mafalda, pero creo que le hago un favor al seguir llamándola Cybill) y yo.

Fernando levanta la vista del libro para atender al cliente que se ha acercado al mostrador.

—¿Te llevas los dos? —le pregunta.

—Sí —sonríe el cliente.

—Te lo digo porque si coges uno más, te hago un descuento. El tercero te sale a mitad de precio. —Fernando, sin esperar su respuesta, sale del mostrador y coge un cómic del estante—. Como llevas el uno y el dos... aprovecha.

«El tres es muy malo», piensa, «se alegrará de haber pagado solo la mitad por él». Vuelve a abrir el libro que estaba leyendo, aunque la imagen de la portada del cómic (una joven rubia tumbada boca arriba con la falda levantada) se le atraviesa y no lo deja concentrarse, por eso decide salir un rato a la cafetería de la esquina para tomar un poco de aire y, de paso, un té. Coge su libro y unas monedas de la caja, cuelga en la puerta el cartel de «Vuelvo en diez minutos. Si para entonces no he llegado, léelo otra vez». Después, cierra con llave.

Al entrar, recorre la cafetería con los ojos buscando un lugar para sentarse. Elige una mesa junto a un ventanal, con bastante luz para leer. Una camarera se acerca a tomarle nota, él abre de nuevo su libro.

Desmonté la máquina de café para limpiarla con los gestos repetitivos del protocolo de limpieza: apilar las tazas sobre la máquina, los platos a un lado, revisar los azucarillos, sacarinas, sobres de infusión; retirar la rejilla, fregarla, fregar también el jarrillo de leche.

Javier y su amiga se habían mudado a la mesa junto a la cristalera, más íntima; permanecían sentados uno frente al otro, en silencio. Él, cabizbajo. Ella apagó una colilla en el cenicero y me pidió la cuenta. Se la acerqué, pero fue Javier